

adoptasen muchas personas, y para excitar en los ánimos aquel calor y tenacidad que forman y eternizan las sectas.

ARTICULO IX.

Personajes ilustres por su santidad; fundacion de algunas nuevas órdenes religiosas y militares.

El siglo XII, época de la restauracion de las ciencias en Occidente, aunque las tinieblas de la ignorancia cubriesen todavía una parte de la Europa, vió tambien aparecer con esplendor varios ilustres personajes de eminentes virtudes y extraordinarios dones del cielo. La providencia los oponia á la corrupcion del siglo y á la multitud de escándalos que continuaban en inundar la Iglesia. Vamos á dar una succinta idea de algunos de estos varones prodigiosos que la gracia se complacia en formar para gloria de la religion, refiriendo los hechos mas notables y edificantes de su historia.

San Malaquías, por quien comenzamos, nació en la ciudad de Armach en Irlanda, de padres nobles, y fué educado allí mismo en las ciencias y la piedad por un varon santo llamado Imario, cuya vida era muy austera. Este inspiró á su discípulo el amor al retiro, penitencia y oracion. Los progresos que Malaquías hizo en la virtud fueron tan notables, que mereció se le elevase al diaconado, y despues al sacerdocio ántes de la edad prescrita por los cánones. Hecho sacerdote, el arzobispo de Armach para unirle mas estrechamente á su Iglesia y á su persona, le confió una parte de su autoridad con el título de vicario. En este puesto trabajo Malaquías con actividad en la instruccion del pueblo, que era ignorante, grosero, supersticioso y casi bárbaro. Por sus cuidados en breve se vió esta Iglesia mudar de aspecto. La luz, la piedad, la pureza de costumbres, la decencia y el fervor en los ejercicios públicos de la religion sucedieron á los vicios, escándalos y prácticas supersticiosas que se habian introducido por la negligencia de los prelados.

Estos desórdenes dimanaban de otro mas condenable y opuesto á las santas reglas. La silla de Armach se habia hecho como hereditaria en una familia poderosa, que la

conservaba cerca de 200 años habia. El actual arzobispo la habia obtenido en consecuencia de este abuso, y conociendo quan digno era de condenarse, resolvió cortarle. Para el mejor éxito señaló á Malaquías por su sucesor, y mandó, por consejo de san Patricio, cuyo nombre era tan venerado en toda Irlanda, que se le eligiese despues de su muerte. Quando se verificó, se cumplió la voluntad del arzobispo; pero Malaquías, ya obispo de Concler, no quiso dexar su Iglesia, ni encargarse del gobierno de la de Armach, sino por el tiempo que se necesitase para extinguir los abusos, y restablecer el buen orden. La familia que se hallaba en posesion de esta silla hizo los mayores esfuerzos para conservarla, y suscitó sucesivamente dos competidores á Malaquías; pero los obispos, los hombres sensatos, y generalmente todos los que conocian sus calidades eminentes, desvanecieron todos los obstáculos que le impedian ejercer su zelo. Quando este varon santo tuvo reparados los males que en una larga serie de años, por la negligencia de los obispos y su abandono de las obligaciones del episcopado, se habian originado en esta Iglesia, le buscó un pastor capaz de continuar la reforma de costumbres que habia comenzado, y se restituyó á su primera Iglesia. Allí se proponia vivir en el retiro, y entregarse á la inclinacion que Dios le habia dado á la austeridad y la penitencia; pero con la celebridad que le habian adquirido sus virtudes, se atraia una multitud prodigiosa de personas de todos estados que iban las unas á consultarle sobre casos de conciencia, y otras á obtener por sus oraciones la curacion de sus enfermedades. Para librarse de estas importunidades, y dar noticia al papa del estado de la iglesia de Irlanda, emprendió el viage de Roma. Al pasar por Francia se detuvo en Claraval, y contraxo una amistad muy estrecha con san Bernardo. Su inclinacion á esta devota soledad era tanta, que pidió como especial gracia al papa Inocencio II el permiso para acabar allí sus dias. Pero conociendo el pontifice quan útiles eran á la iglesia de Irlanda el zelo y los exemplos de un hombre tan lleno del espíritu apostólico, no le permitió renunciar la conducta de las almas.

Quando Malaquías volvió á su patria, aumentando su poder el título de legado que Inocencio II le habia dado, redobló sus trabajos y su ardor por la extirpacion de los

vicios y restablecimiento de las buenas costumbres. Habia dexado en Claraval algunos de sus discípulos para aprender las reglas de aquella santa casa, é informarse de las observancias monásticas. Quando estuvieron bastante instruidos, los llamó sirviéndose de ellos para fundar el monasterio de Milifont, que formó en lo sucesivo varias casas de santos religiosos en Irlanda. Malaquías, lleno siempre de la austeridad de Claraval, y esforzándose á imitar los grandes exemplos de virtud de que habia sido testigo, era por la santidad de su vida el modelo de los mas santos monjes. De esta suerte gozaba de toda la consideracion debida á su virtud. Se recibian sus órdenes como las del cielo, y sus sentencias se recogian como otros tantos oráculos. Sostenia Dios con el don de milagros y el espíritu de profecía la autoridad que le habia grangeado para provecho de los fieles. San Bernardo, que escribió su vida, refiere un gran número de exemplos, de que sale por fiador como testigo de vista, siéndolo tambien de la santa muerte de aquel grande obispo. El deseo de ver al papa Eugenio III, y de consultarle sobre varios puntos relativos al gobierno de la iglesia de Irlanda, le conduxo de nuevo á Claraval, en donde debia terminar su vida y sus trabajos. Algunos dias despues de su arribo enfermó, y todo el tiempo de su enfermedad fué una continua prueba de paciencia, de humildad, de contemplacion, de dulzura y resignacion. Murió en fin como lo habia predicho el 12 de Noviembre de 1148. Su memoria recibió de la boca de san Bernardo, su amigo, el justo tributo que merecia, y todos los moradores de Claraval, que le habian conocido y admirado, juntaron sus elogios á los del abad. Se atribuyó á san Malaquías una profecía acerca de los papas, desde Celestino II, hasta el fin del mundo; pero es supuesta, y se sabe que la fabricaron largo tiempo despues, en un cónclave que se tuvo en 1190, los partidarios de un cardenal llamado Simóncelli, queriendo elevarse á la santa sede.

La iglesia de Irlanda produjo ademas en este siglo un santo obispo, cuyas luces y fatigas contribuyeron mucho á purificar la religion, y á extender en su patria el reyno de Jesu-christo. Se llamaba Lorenzo, y su padre Mauricio, era uno de los mas distinguidos señores de la isla. Tenia este muchos hijos, y queriendo desti-

nar uno á la Iglesia, suplicó al obispo de Glindalac que lo sortease; Pedro Lorenzo dixo que era inútil emplear este medio, que él habia tomado su partido, y se dedicaba á Dios voluntariamente para solo pensar en él. Se educó el jóven Lorenzo de un modo propio de su destino en el estudio de las letras y prácticas de piedad. Sus progresos en ambas carreras fueron tan rápidos, que á la edad de 25 años se le nombró superior de los monges que componian el clero de la iglesia de Glindalac. En este cargo se conduxo con la prudencia y madurez de un anciano. Esta sabiduría y experiencia anticipadas que le hacian tan apto para el gobierno espiritual, hicieron fixar en él los ojos para ocupar la silla de Glindalac; pero su humildad fué causa de que rehusase tan constantemente aquella dignidad, que se eligió á otro. Algun tiempo despues no pudo evitar de ser electo obispo de Dublin por mas que se resistió. En este cargo, de que conocia todo el peso, redobló los cuidados y desvelos para servir de modelo en todas las virtudes al rebaño que Dios le acababa de confiar. Reformó su cabildo, estableció en él la regularidad, tomando él mismo el hábito de canónigo regular, y abrazando su instituto. Asistia á todos los oficios, aun á los nocturnos, comia en el refectorio, y siguiendo con toda estrechez las prácticas de mortificacion dictadas por la regla, se abstenia del uso de la carne en todo tiempo. Todos sus momentos empleaba de tal modo, que apenas le quedaba lugar para conceder á la naturaleza algun descanso. Dividia su tiempo entre la enseñanza de su pueblo y los ejercicios de caridad y oracion, que eran el origen de su zelo y fortaleza.

Habiendo sido la ciudad de Dublin sitiada, rendida y saqueada, este pastor compasivo y zeloso se dedicó sacrificando su vida al cuidado de los pobres y heridos; les procuraba los auxilios y consuelos de una caridad fecunda en recursos; y quando no podia libertarlos de la muerte, consecuencia funesta é inevitable de sus heridas ó de su miseria, los sepultaba con sus propias manos. Los asuntos de su Iglesia le determinaron á emprender un viage á Roma; haciéndose admirar en esta capital del mundo christiano por su profundo saber y por el espíritu de Dios, de que estaba inflamado. El papa Alexandro III le honró con el título de legado apostólico de toda la Irlanda, título que

san Malaquías habia ya tenido. El obispo de Dublin solo se sirvió de esta nueva dignidad y el poder que le daba para trabajar con mas eficacia en corregir los abusos, destruir la supersticion popular, y reformar el clero. Afligió en su tiempo á la Irlanda una horrible hambre, que le dió una nueva ocasion de manifestar su inmensa caridad. Mantenía á todos los pobres que imploraban su auxilio. Las madres que no podian sustentar á sus hijos los llevaban á su puerta, á los que hacia recoger y dar todo lo necesario á su subsistencia. Le llevaron hasta 200, que fueron cuidados y nutridos por su orden. Murió este santo obispo año de 1181 en Normandía, adonde habia ido á ver á Henrique II, rey de Inglaterra, para reconciliarle con el rey de Irlanda. Así la última accion de su vida fué un efecto de aquella tierna caridad, verdaderamente pastoral, en que siempre se habia empleado.

Ya hemos hablado de santo Tomas de Cantorberi, con motivo de sus diferencias con el rey de Inglaterra, Henrique II.; pero este es el lugar mas propio de dar á conocer este grande obispo. Tomas Bequet, que así se llamaba, nació en Londres en 1117; su familia era de una mediana condicion, y si llegó á los primeros cargos del estado y de la Iglesia, no lo debió sino á su mérito. Su madre le educó en las máximas de la piedad, y de una tierna devocion á la sagrada Virgen. Habiendo concluido sus estudios en Oxford y en París, el arzobispo de Cantorberi, que conocia las calidades de entendimiento y de corazon de que estaba Tomas dotado, le confirió el arcedianato de su iglesia, para tenerle cerca, y emplearle en el gobierno de su diócesis. Hizo varios viages á Roma por orden de su prelado, para tratar con el pontífice diversos negocios concernientes á las iglesias de Inglaterra, cuya primacía estaba, como se sabe, anexa á la silla de Cantorberi. Adquirió en aquella corte mucha estimacion por su prudencia y capacidad. Durante su mansion en Italia se aplicó á estudiar las leyes, volviendo á su patria mas capaz de servirla por los nuevos conocimientos que habia adquirido. Habiendo vacado el empleo de canciller de Inglaterra, el primado que tenía mucho influxo sobre Henrique II., le propuso á Tomas para ocupar este puesto eminente. El rey vino en nombrarlo, y el nuevo canciller mostró tanta prudencia en su conducta, descendiendo con

tanto ardor y aplicacion á todos los por menores de su empleo, y llenó todas sus obligaciones con tanta exáctitud y desinterés, que sus mismos émulos hicieron justicia á su talento y probidad. Viviendo en la corte en medio de los placeres no perdió sus costumbres; cercado de quanto puede inspirar el orgullo y el desorden, conservó la modestia y la frugalidad, el alejamiento del fausto y la molición, sin olvidar por esto la decencia propia de su estado; una firmeza inflexible á las mas poderosas solicitudes, y el amor á la equidad, caracterizaban todas sus acciones. De este modo exerciendo la primer magistratura manifestó las virtudes de un obispo, cuya dignidad obtuvo bien presto.

El arzobispo de Cantorberi murió en 1161, y á lo último de su vida habia pedido al rey que le diese un sucesor capaz de hacer el bien que no habia sabido sino desear, y remediar los males que él no habia podido curar. Los grandes, el pueblo y toda la nacion fixaron los ojos en el canciller, como él único que era digno de aquella gran silla. El rey pensaba del mismo modo, y se le declaró así á él. Este que conocia el carácter vehemente de Henrique, y la imposibilidad que tendría de conservar la amistad de este príncipe cumpliendo con su obligacion de arzobispo y primado, empleó las mas fuertes razones para persuadirle eligiese á otro: sin embargo Henrique insistió, y Tomas fué consagrado; pero lo que habia previsto no tardó en verificarse. Henrique combatió los derechos de la iglesia Anglicana, y los privilegios de la silla de Cantorberi. Resistió Tomas á todas las injusticias del príncipe con todo el valor é intrepidez de un espíritu elevado, que solo conoce las reglas de su obligacion. Los envidiosos y aduladores de que las cortes estan llenas, se aprovecharon de estos principios de enemistad entre el monarca y el primado, para abrazar al uno y perder al otro. En breve hicieron concebir á Henrique un odio implacable á Tomas, y que abiertamente le persiguiese y al corto número de valerosos obispos que se le habian unido. Pues la mayor parte de ellos, esclavos del favor ú oprimidos del miedo, le abandonaron cobardemente; llegando su baxeza y el olvido de su obligacion hasta condenar formalmente á un prelado que solo se habia desgraciado con el príncipe, por haber defendido las prerogativas é inmu-

nidades de la Iglesia, cuyo interes les era comun; pero ni esto ni los ultrajes de los cortesanos trastornaron su zelo. Abandonado de todos, y con la idea de que padecia por la justicia, dexó su patria yendo á buscar un asilo entre los extrangeros. La Francia le recibió con la estimacion debida á sus virtudes, y la abadía de Pontigni tuvo por gloria servirle de refugio. Vivió Tomas entre los piadosos moradores de esta soledad, como si nunca hubiera tenido otros exercicios ni obligaciones que los de la vida religiosa. Las tramas de los enemigos que tenia en la corte de Inglaterra, y las amenazas del rey, le suscitaron asechanzas en la órden de los cistercienses, que le habia dado acogida, y de parte de los cardenales de que muchos se declararon contra él; pero su fortaleza jamas le desamparó, y su esperanza se fundaba en Dios, mas poderoso que todas las potestades de la tierra.

Todas las esperanzas parecia se habian agotado, y Tomas proscrito, sin defensores y sin asilo, se veia próximo á ser víctima de la venganza de un príncipe que no sabia desconfiar de sí mismo, ni de los que le aconsejaban, quando se reconcilió con su soberano por mediacion del rey de Francia y de algunos obispos. La reconciliacion pareció sincera por parte de Henrique, que dió al santo arzobispo todos los testimonios de una amistad tierna y del aprecio debido. Pero esta union de que Tomas pensaba aprovecharse para reparar los desórdenes que la division habia introducido ó fomentado, no duró mucho tiempo. Las mismas pretensiones renovadas por el príncipe y la misma inflexibilidad del prelado, volvieron á poner las cosas en peor estado que nunca. Henrique altivo y violento se abandonó á los enagenamientos que muchas veces le arrebataban, y en su cólera exclamó que era bien desgraciado en no hallar entre tantos como habia colmado de beneficios un vasallo fiel que le librase de un rebelde eclesiástico que turbaba su reyno. Estas palabras, cuyas resultas no conocia Henrique, ocasionaron la muerte del primado. Quatro cortesanos que creyeron asegurar su fortuna lisonjeando los deseos del monarca, y desembarazándole de un hombre á quien aborrecia, privaron de la vida al santo arzobispo, al tiempo que oraba en su Iglesia en medio de su clero. Tal fué el fin de aquel grande hombre. Su muerte acaeció en el mes de Diciembre de 1170

estando en la edad de 54 años y 9 de episcopado. Justificó Dios su zelo y hizo su apologia, si se puede hablar de este modo, con los milagros que se obraron en su sepulcro. La paciencia de este grande obispo, y su valor heroico en medio de una tormenta en que apenas tuvo defensores, es uno de los mejores exemplos que se pueden presentar á la virtud perseguida, y á los que sufren por la causa de la Iglesia.

Uno de los mas grandes obispos de este siglo fué san Pedro de Tarantesa, nacido año de 1102 en una aldea de la diócesis de Viena, en el definado. Eran sus padres de obscura condicion, pero de una virtud eminente. Habiendo Pedro hecho sus estudios, entró en el clero; pero el deseo de una vida mas perfecta le hizo abrazar el estado monástico en la abadía de Valbuena, del órden del Cister, 5 leguas de Viena. Habiendo pasado diez años en este monasterio, y desempeñado diferentes cargos con prudencia y edificacion, le destinaron sus superiores á gobernar la abadía de Tamies, diócesis de Tarantesa. Exerció en este monasterio, aunque pobre, dos virtudes que habia heredado de sus padres, la caridad con los pobres y enfermos. Habia fabricado un hospital para recibirlos, en donde les prodigaba los mas tiernos cuidados. Amadeo III, conde de Saboya, que le estimaba singularmente, hacia dar por mano de este santo abad parte de sus limosnas, asegurado de que adquirian nuevo mérito para con Dios por el sabio destino que las daba. Habiendo vacado la silla episcopal de Tarantesa, fué elegido para ocuparla el abad Pedro. Pero fueron menester toda la autoridad de san Bernardo, y las órdenes del capítulo general del Cister, para obligarle á ceder á los deseos del pueblo y del clero. La dignidad de que acababa de revestirse no le hizo mudar en nada su género de vida. Su hábito, su alimento, sus muebles, y todas las cosas de su uso eran las mismas que antes; y resarcia los exercicios religiosos que no podia practicar con oraciones y penitencias que hacia.

Halló su Iglesia en un estado lastimoso, un pueblo mal instruido, un clero mal disciplinado, los estudios desatendidos, los sagrados oficios casi abolidos, las rentas eclesiásticas usurpadas, y muchos templos próximos á arruinarse. Todos estos objetos exercieron su zelo á un mismo tiempo, y dentro de poco hizo tan maravillosas mudan-

zas que el pueblo y el clero presentaron la imagen de una Iglesia enteramente nueva. Sus cuidados se dirigieron principalmente hácia los ignorantes pecadores, los pobres y enfermos; instruía los unos, movía y convertía á los otros, y su caridad, fecunda en recursos, socorria y consolaba á todos los menesterosos. El santo prelado se habia encargado contra su voluntad del gobierno de la iglesia de Tarantesa, y el temor que aquel peso le habia inspirado no hizo sino aumentarse. Su corazon amaba siempre la soledad, y no tenia otros momentos agradables que los que pasaba lejos del tumulto y de los negocios. Este amor al retiro se avivó tanto, que tomó en fin la resolución de dexar su diócesis para ocultarse en algun remoto monasterio, en donde esperaba vivir desconocido. Partió, pues, una noche á escondidas de su clero para verificar su designio. Se ignoró su paradero hasta que un jóven de su diócesis viajando por Alemania, habiendo pedido hospedage en un monasterio del orden del Cister, halló al santo obispo confundido con los demas monges. Este jóven le dió á conocer; de improviso los monges se echaron á sus pies mirándole como á un santo, y pasmados le persuadieron que Dios no le queria entre ellos. Por mas que este suceso le affligiese, conoció debia sacrificar su gusto á su deber, y despidiéndose de aquel santo lugar lleno de lágrimas, se restituyó á su Iglesia. El papa Alexandro III le estimaba tanto, que le hizo pasar á Italia para trabajar en la extincion del cisma que entónces despedazaba la Iglesia. Despues de haber el santo obispo correspondido á las intenciones del pontífice segun su zelo, quiso volverse á su diócesis; pero enfermó en el camino, y murió el año de 1174, á los 73 de edad, en el monasterio de Belleval, diócesis de Besançon, en donde se habia visto precisado á quedarse.

Dos religiosas hubo célebres en este siglo por los dones extraordinarios con que el Espíritu Santo se dignó enriquecerlas, y por las exquisitas luces que les comunicó. Una de estas ilustres vírgenes fué santa Hildegarda, abadesa de monte san Ruperto, diócesis de Maguncia: la otra santa Isabel, que habia abrazado la vida monástica en el monasterio de Schnouge, diócesis de Tréveris. Ambas adquirieron grande reputacion por las particulares gracias que Dios les concedió, y por sus revelaciones que

hicieron mucho ruido en la Iglesia. Las de santa Hildegarda fueron despues de un maduro exámen aprobadas por san Bernardo y por el papa Eugenio III sobre la relacion que el santo abad de ellas le hizo. Pero no sucedió lo mismo con las que se esparcieron con el nombre de santa Isabel, que no sostienen igualmente los ojos de la crítica á causa de muchos hechos contrarios á la verdad de la historia, de que estan entretexidas, fuese que las hubiese introducido la persona de que se sirvió para recopilarlas, fuese que ella no supiese distinguir las inspiraciones del Espíritu Santo y los efectos de la imaginacion. Sin duda por esto Gregorio XIII en la reforma del martirologio romano hizo suprimir todo lo concerniente á las revelaciones de esta piadosa muger.

Entre los santos personajes que la Iglesia de Francia produjo en este siglo, hubo algunos, cuyas fatigas influyeron en las edades posteriores por las órdenes religiosas que instituyeron, y los piadosos establecimientos que fundaron. Vamos á señalar los que vinieron á ser mas importantes en lo sucesivo y útiles á la religion, ciniéndonos siempre á los límites que prefixa nuestro plan.

El monasterio de Molesmo, diócesis de Langres, solo contaba 20 años desde su fundacion, y ya el relaxamiento se habia introducido en él con las riquezas. Roberto, Esteban y algunos otros religiosos de aquella casa, affligidos de ver que el silencio y el espíritu de oracion y de recogimiento estaban desterrados de ella, resolvieron buscar en otra parte un retiro en que pudiesen observar la regla de san Benito que habian profesado. Se establecieron, pues, en un bosque, á cinco leguas de Dijón, y allí edificaron un monasterio llamado Cister, palabra que segun se dice trae su etimología de varias cisternas que hicieron para su uso los primeros moradores de aquella soledad. Esta fundacion fué en el año de 1098, y se perfeccionó con los beneficios de Oton I, duque de Borgoña, de Hugo, arzobispo de Leon, y Gotiero, obispo de Chalons. Estando este nuevo monasterio en estado de recibir los 21 religiosos que habian salido de Molesmo con Roberto, le eligieron por su primer abad le sucedió san Ailverico, á este el beato Estevan que habia contribuido con tanto zelo á formar aquel santo establecimiento del qual le nombraron abad, al duodécimo año de su fundacion, es-

to es, el de 1110. Baxo la direccion de este varon santo, tomó el monasterio del Cister una forma mas sólida que la que habia tenido en sus principios, y la célebre orden de que fué cabeza, echó los cimientos de la grandeza á que llegó con el tiempo. Desde entónces empezó á extenderse por algunas colonias, que de allí salieron, principalmente por la de Claraval, de que san Bernardo fué la guia y fundador.

Antes que llegasen al Cister los religiosos conducidos de Roberto, era esta soledad un espantoso desierto, solo habitado de reptiles y fieras. En breve mudó de aspecto por el trabajo y actividad de los religiosos que lo habian escogido por asilo. Pero no le cultivaban para enriquecerse; solo pelian á la tierra lo puramente necesario, y el fruto de sus sudores que les sobraba lo empleaban en sustentar á los pobres. Su vida era tan austera, y su amor á la religiosa pobreza era tal, que á excepcion de los cálices para ofrecer el santo sacrificio de la misa, no tenian mas plata en su Iglesia. Las cruces eran de madera, los incensarios de metal ó de fierro; los ornamentos sacerdotales de lana ó hilo. Para conservar el precioso tesoro de la pobreza, habia roto el abad Esteban todo comercio con las personas de afuera, y aun con el duque de Borgoña, hijo del que habia contribuido á la fundacion del monasterio. Esta total separacion del mundo reduxo muchas veces á la comunidad á carecer de pan, y habiendo perdido el beato Esteban gran número de religiosos que fallecieron, temió ver su instituto aniquilado casi en la cuna, y tal vez hubiera sucedido si san Bernardo con 30 compañeros que habia ganado para Dios, no hubiera vuelto á poblar este monasterio en 1113. Tales fueron los débiles principios de esta orden, que despues se propagó por toda la Iglesia, y cuyo general, á pesar de muchas supresiones, extiende aún su jurisdiccion sobre 1800 monasterios de hombres, y casi otros tantos de mugeres.

El orden de Fuente-elbrando, establecida en este siglo sobre un nuevo plan, debe su origen á san Roberto de Albrisselles. Este personage extraordinario nació en un pueblo de la diócesis de Reanes, de que tomó el nombre. Despues de haber hecho en París sus estudios distinguiéndose en ellos, pasó á la ciudad de Angers, en donde hizo una vida muy austera, no teniendo otra ocupacion que

la de orar y meditar las santas escrituras. Se dedicó despues al ministerio del púlpito, exerciéndole con tan buen suceso, que el papa Urbano II que le oyó, le mandó se consagrarse únicamente á la predicacion, cuyo talento habia recibido de Dios, y á predicar en todo lugar. Tenia el don particular de intimidar los pecadores, y de mover las conciencias mas endurecidas. Pocos de estos oian sus sermones que no se convirtiesen. Reprehendia con tanta libertad como fortaleza los vicios de los sacerdotes y superiores eclesiásticos. El animoso zelo con que habló contra los prelados que vivian en la opulencia y las delicias le acarreó censuras bastante vivas que con un poco de mas dulzura hubiera evitado. La muchedumbre de los que dexaban el mundo en fuerza de sus exhortaciones le seguian por todas partes adonde iba á predicar. Este séquito numeroso y confuso acarrea grandes inconvenientes á causa de la dificultad que muchas veces habia en separar los dos sexos, de modo que se evitasen los escándalos. El piadoso misionero lo conoció en tiempo; y para obviar el mal que podía resultar, resolvió fixar sus discípulos de ambos sexos en un lugar en donde se les pudiese sujetar á una disciplina exácta, y á una vida conforme á la ley y á la virtud. Halló Roberto en los confines de la Turrena y del Poitou un sitio propio para executar su designio. Este era un desierto llamado Fuente-elbrando, y habiendo comprado á su dueño aquel terreno, echó en él los fundamentos del célebre monasterio, origen y primer casa de su instituto. Dividió los dos sexos, de modo que las mugeres consagradas á la piedad y exercicios interiores estaban servidas por los hombres encargados de los cuidados externos y de la administracion temporal.

Al principio el beato Roberto gobernó por sí mismo las diferentes casas de su orden, porque se formaron durante su vida muchas por el modelo de la de Fuente-elbrando. Pero en lo sucesivo queriendo dar la última mano á su obra, y una forma constante á su instituto, despues de haber consultado varios obispos y abades á quien habia juntado para tomar sus dictámenes, puso una abadesa para el gobierno de la orden, y de quien debian depender todos los monasterios. Petronila de Craon de Chemillé fué elegida para este cargo, al qual estaba unida la superioridad general. Lo que hubo de particular en este ins-

tituto, y lo que le distinguia de las demas órdenes fué que Roberto quiso que los religiosos viviesen sujetos á las religiosas, mirándolas y sirviéndolas como á sus madres, como san Juan á quien Jesu-christo mandó al espirar que mirase á la santa Virgen como á su madre. Por esta razon la santa Virgen debia ser el modelo de las religiosas de Fuente-elbrando, y san Juan el de los religiosos. Despues de haber tomado las medidas convenientes para el gobierno y estabilidad de su instituto, murió el bienaventurado Roberto de Arbrisella, en el priorato de Orsan en el Berry, por el mes de Febrero de 1117. Su cuerpo fué llevado á Fuente-elbrando para ser allí sepultado segun sus deseos.

Una virtud tan resplandeciente como la de Roberto de Arbrisella no podia dexar de ser vituperada de la malignidad de los mundanos. Su zelo por la conversion de las mugeres, y el cuidado que tuvo de conducir las por el camino de la piedad, ofrecieron á sus émulos el mismo pretexto para calumniarle de que se habian servido los de san Gerónimo para desacreditarle. Con este fin esparcieron voces que se dirigian no ménos que á hacerle pasar por un hipócrita que ocultaba una horrible corrupcion baxo el velo de la virtud. Dos respetables varones de su tiempo, Godofre, abad de Vandoma, y Marbodo, obispo de Rennes, le escribieron, no porque le creyesen capaz de lo que se le imputaba, y sí solo para participarle lo que se esforzaban en hacerle ridiculo. Estas cartas transmitidas á nuestros dias han dado lugar á renovar las acusaciones formadas durante su vida por unos hombres que seguramente eran tan enemigos de la virtud y piedad como suyos. Para desvanecer estas acusaciones aun mas absurdas que odiosas, basta decir que los mayores personages del siglo de aquel piadoso fundador, papas, reyes, prelados, abades y escritores distinguidos han elogiado á qual mas sus costumbres y proceder.

El siglo XI habia visto instituirse otra órden de que hemos diferido tratar hasta ahora, porque no tuvo forma regular hasta el siguiente, y no recibió de Adriano IV el sello de la aprobacion de la santa sede hasta 1156. Esteban, hijo del vizconde de Tiers en Auvernia, fué su fundador. Este santo personage nació en el palacio de Tiers en 1046. Su padre le llevó á Italia de la edad de 12 años,

y le confió á Milon, arzobispo de Benevento, prelado muy virtuoso; que se complació en formar el corazon de su discípulo, y en cultivar las disposiciones favorables que en él veia. Destinó al jóven Esteban al servicio de la iglesia, haciéndole pasar por todos los grados de la clerecía hasta el diaconado. Muerto Milon pasó Esteban á Roma donde permaneció 4 años, al cabo de los cuales volvió á su patria, y despues de haber estado allí algun tiempo, se retiró á la montaña de Muret, diócesis de Limoges. Fabricó una choza de ramas de árboles metidas en las rocas y enlazadas entre sí. Allí vivia solo en una continua oracion y una penitencia muy austera, olvidándose muchas veces de las necesidades de la naturaleza, y no sustentándose sino con un poco de pan grosero que los pastores de la comarca le llevaban. Su fama se esparció poco á poco, y varias personas llamadas de Dios se le juntaron, consagrándose á un mismo género de vida. El los dirigió mas con el exemplo que con las exhortaciones y los preceptos. El retiro, el silencio y la pobreza eran la basa del edificio de perfeccion que levantaba, reduciéndose á estos tres puntos los consejos que daba á sus discípulos. Cerca de 50 años vivió en aquella soledad sin salir de su celda, y sin romper el silencio á no ser en caso de extrema necesidad. Hacia el fin de su vida, yendo á visitarle dos cardenales legados de la santa sede, le preguntaron si era canónigo, monge ó ermitaño. Nosotros no somos, respondió el humilde solitario; sino unos pecadores que trabajamos en obtener la misericordia de Dios; no merecemos el nombre de canónigos, monges ni ermitaños, porque no tenemos sus virtudes; pero habiendo dexado el mundo y su corrupcion, esperamos que Jesu-christo nos mire con indulgencia el dia del juicio. Murió este santo fundador en el mes de Febrero de 1124, de edad de 78 años.

A poco de haber muerto Esteban, los monges de Ambazac inquietaron á sus discípulos alegando que aquel territorio les pertenecia. Estos religiosos, que nada tenían sobre la tierra, se guardaron bien de entrar en contestaciones; pero para evitar qualquiera dificultad abandonaron aquel sitio, y se retiraron á otro. Era este un monte llamado Grandmont. Llevaron consigo el cuerpo de san Esteban, y de aquel lugar tomó su nombre la órden. Pare-